

que llora sobre la tumba de Ceballos; de Melecio de Jesus García que celebra las hazañas del héroe de la Angostura en los días de su prosperidad; de Vicente Moreno, el poeta popular, cuya sola presencia basta para entusiasmar al auditorio; de Ignacio Córdova que, parodiando á Esopo y Lafontaine, moraliza á la juventud con divertidas fábulas; de Juan de Lejarza que entona á la graciosa Dori melodiosos cantares; de Cirilo Sámano que satiriza en agudas letrillas los defectos de la humanidad; del malogrado Ramon Álvarez, el cantor constante de la Independencia; de Tirso Rafael de Córdova, el vate religioso, que desde el nevado Orizava envía al són de su laud, tiernos suspiros á Morelia su patria; del infortunado Eligio Villamar, rendido adorador de la belleza; de Guadalupe Góngora que levanta religiosos himnos á la augusta Madre de Dios; de Antonio Novoa, el de fecunda vena, que canta á la beldad y al amor, ó bien se postra rendido á los pies del divino Salvador de los hombres; de Amado A. Alvarado, el poeta sentido que lamenta la pérdida de nuestro inolvidable Ocampo; de José María Dueñas que levanta su voz inspirada á las floridas márgenes del Duero; de Víctor Luviano que nos describe las costumbres surianas, ó compendia la *historia de la Virgen* en hermosos sonetos; de Mariano Miranda, que en el retiro de Zinápéuaro deja oír los ecos de su armoniosa cítara; de Miguel Ponce de Leon, que llora sus infortunios en los confines de la República; de Agapito Silva, que se constituye en objeto de la admiración pública en la bella Tenoxtitlan con sus lindísimas poesías; de José María Sosa, que ayer poeta festivo y hoy vate melancólico, gime en su aislamiento casi olvidado de los hombres; así como de la graciosa Mariana Estrada, que llora su horfandad sobre el sepulcro de su padre; de Jesus de la Torre Lloreda que consagra tiernos cánticos á la amistad, y en fin, de otros muchos que son el orgullo de nuestro suelo.

Así pues; Michoacan, lejos de carecer de sabios y distinguidos escritores, es rico y abundante en ellos; y muy bien puede decirse que ningun otro Estado de la República cuenta entre sus hijos un número tan escogido como el nuestro, por lo cual no ha faltado tal vez quien le llame, Aténas de México.

Empero ¿dónde se encuentran recopiladas las obras de estos ilustres genios? ¿Dónde está la edicion que hayamos formado de sus admirables composiciones, que constituyen la riqueza literaria de Michoacan?

¡Ah! tristeza y rubor nos causa positivamente confesarlo.

A excepcion de algunos fragmentos que la casualidad nos ha conservado, el resto y lo más precioso de nuestra literatura se ha perdido, y acaso para siempre, merced al desden con que vemos por lo general las obras de nuestros escritores, y á la indolencia, al marasmo y á la incuria de los que pudieron y debieron guardar tan estimables obras para gloria y orgullo del Estado.

El famoso *Heroica de Deo Carmina* existe en nuestras bibliotecas, debido á la admiración que el extranjero tributó al gran ingenio michoacano; y así solamente poseemos la antiqüísima edicion hecha en Ceeena en 1780, (1) despues que había descendido al sepulcro nuestro celeberrimo compatriota, víctima del más injusto destierro.

Los tiernos y sublimes cantos de Navarrete han podido llegar hasta nosotros, merced á la galantería del editor francés,

(1) Hubo una edicion mejicana hecha por el Dr. Gamarra, bajo el título de "Musa América" que es enteramente esqasa.

que hizo al pueblo de las Américas un rico presente con la publicacion de los *Entretenimientos poéticos* del vate zamorano. (2)

Si tenemos el placer de admirar las producciones de Sanchez de Tagle, es debido á la ternura de sus hijos, quienes para rendir un tributo á la veneranda memoria de su padre y no privar á la literatura nacional de uno de sus más ricos tesoros, dieron á la estampa y en ordenada coleccion las obras de aquel eminente literato.

Las bellas poesías de Alcaraz circulan recopiladas entre nosotros, merced á los esfuerzos de él mismo, quien emprendió en 1860 la publicacion, tanto de sus obras, como de las de Payno y otros escritores mexicanos. (3)

Las profundas y admirables obras de Munguía han llegado á nuestras manos, debido tambien á él mismo, quien costeó de su propio peculio la rica edicion formada en 1852 en esta ciudad.

Las poesías de Gabino Ortiz se encuentran impresas y coleccionadas, debido al empeño de sus amigos, quienes se esforzaron porque las insertase en el folletin de la *Bandera de Ocampo*, redactada por él mismo.

Podemos deleitarnos con las bellísimas producciones de Tirso en virtud de que él mismo, y á fuerza de sacrificios, logró darlas á la luz pública en Chalchicomula en estos últimos días.

Y las inspiradas poesías de Esthér Tapia aparecen ya reunidas é impresas merced á la galantería de José María Vigil, el admirable poeta jalisciense.

Fuera de estos, y acaso algun otro, (4) las obras literarias de todos los demas escritores michoacanos vagan completamente dispersas, ya en algunos impresos sueltos, ya en varios de los periódicos políticos que se han publicado en esta ciudad.

Ninguno de nuestros gobiernos ha procurado, siquiera para gloria de Michoacan, que se forme una edicion, al ménos de las obras más escogidas de nuestros poetas.

Así es que producciones bellísimas, composiciones de gran mérito solo han servido para que el comerciante en abarrotes envuelva sus especias, al farmacéutico para despachar unturas, á la modista para hacer padrones de corpiño y al cohetero para construir esos castillos artificiales que arden en las solemnidades públicas.

Trabajan y se desvelan nuestros escritores para que ni aun la posteridad les haga justicia, porque no llega á conocer sus obras inmortales.

La literatura, pues, queda así perdida, y sus autores completamente ignorados.

Sí, ignorados y olvidados, sin que despues de su muerte se consagre cualquier honor póstumo á su memoria, sino antes bien se dejan sus preciosos restos donde los colocó la casualidad ó la desgracia.

Así el suelo extranjero contiene las cenizas de Abadiano y de Munguía, que murieron en el ostracismo; el cadáver del dulce Navarrete reposa escondido en el humilde Tlalpujagua; el de Lloreda en una modesta capilla de Pátzcuaro; la triste

(2) Existe tambien una edicion mejicana, pero no michoacana.

(3) En 1865 tambien se publicaron las poesías de Alcaraz en la biblioteca formada por Pastor; pero la obra quedó trunca y no fué hecha tampoco en Michoacan, ni á espensas de alguien de nuestro Estado.

(4) Las poesías de Lejarza impresas en México por un editor desconocido, y las de Fernandez de Córdova en esta ciudad por un editor ignorado.